

CULTURAS E IDENTIDADES EN LA COSTA RICA COLONIAL. ALGUNAS NOTAS PRELIMINARES*

Iván Molina Jiménez**

Evidentemente, la primera pregunta que uno debería hacerse a la luz del título de la conferencia que nos reúne aquí hoy¹, es desde cuándo podemos hablar de una cultura y una nacionalidad costarricenses, y si es históricamente correcto proyectar dichos términos sobre el período colonial. Una primera dificultad para responder a un interrogante de este tipo es que, hasta ahora, conocemos muy poco acerca de las culturas e identidades coloniales, en particular de las relacionadas con los grupos populares. Buena parte de la investigación sobre la cultura colonial se ha concentrado en el examen de la vida cotidiana de los grupos dominantes, área donde destacan los trabajos de Arnaldo Moya acerca de los comerciantes y las damas de Cartago, y los de Carmela Velásquez sobre las actitudes ante la muerte².

Algunas aproximaciones históricas a la cultura popular colonial se encuentran, entre otros, en los estudios de Lowell Gudmundson y Eduardo Madrigal sobre el delito en el siglo XVIII, en el trabajo de Rina Cáceres sobre la población de origen africano en el siglo XVII, en la tesis de Franklin Alvarado sobre la orden franciscana, en las contribuciones de Deida Alvarado y Eugenia Rodríguez sobre la familia, el matrimonio y los conflictos conyugales, en las investigaciones de Claudia Quirós sobre las cofradías de Nicoya, en las de Paulina Malavassi acerca de la lepra, y en una Memoria de Graduación de la Licenciatura en Historia de la Universidad de Costa Rica, en la cual se exploran temas como las fiestas profanas, los juegos prohibidos, la producción y el consumo de aguardiente y la vida cotidiana de artesanos y esclavos³.

Expuesto el problema precedente, es conveniente advertir que cualquier estudio de las culturas e identidades coloniales debe partir de que la colonia no fue un período homogéneo: en efecto, es posible diferenciar dos estructuraciones básicas de la sociedad colonial. La primera, que se extiende entre finales del siglo XVI e inicios del siglo XVIII, se caracterizó por el fracaso de la encomienda y la esclavitud, en el sentido de que ninguna de estas dos opciones de explotación de la mano de obra se consolidó como la base de la sociedad colonial. En el caso de los indígenas, por la catástrofe demográfica que afectó a las poblaciones aborígenes y, en parte también, porque los importantes asentamientos de los llamados "indios bravos" cerca de la actual frontera con Nicaragua y en Talamanca, nunca pudieron ser conquistados por los españoles. Y en el caso de los esclavos porque la actividad cacaotera, que fue la base de la expansión inicial de la esclavitud, no logró consolidarse económicamente.

Fue así, en un contexto caracterizado por el fracaso de la encomienda y de la esclavitud y por la incapacidad de la provincia de Costa Rica para desarrollar una actividad económica que le permitiera insertarse y consolidarse en la estructura del comercio colonial, que empezó a desarrollarse, desde comienzos del siglo XVIII una producción campesina llevada adelante por familias de origen criollo y, principalmente, mestizo. A lo largo del siglo indicado, estos pequeños y medianos productores agrícolas se extendieron hacia el oeste de Cartago y dieron origen a las actuales ciudades de Heredia, San José y Alajuela.

El perfil de estos campesinos era bastante diverso, ya que iba de propietarios empobrecidos, que debían combinar el trabajo en su pequeña parcela con la venta de su fuerza de trabajo, hasta agricultores prósperos, que combinaban los cultivos de subsistencia con los comerciales y poseían ganados y trapiches. Pese a la diferenciación que los separaba, el campesinado compartió dos características básicas, en términos económicos: por un lado, la producción agrícola y pecuaria se llevaba a cabo en un marco que suponía el uso no solo de tierras propias, es decir, poseídas privadamente, sino también de terrenos comunales. Y por otro lado, una buena parte del excedente generado por estos productores agrícolas pasaba a manos de los comerciantes. Gracias a su control del comercio exterior de la provincia y del escaso metálico disponible, estos últimos podían comprar barato el excedente campesino y vender caros los bienes (sobre todo textiles) que introducían de Nicaragua y Panamá.

A diferencia de otras partes de América Latina, donde la acumulación se basaba en coacciones extraeconómicas, es decir en formas de trabajo servil, en el Valle Central de Costa Rica su base era una relación económica de intercambio desigual. Libres eran los comerciantes y libres los campesinos, pero la desigual posición ocupada por unos y otros en las relaciones de mercado le permitía a los primeros definir las condiciones en que negociaban con los segundos y extraerles una

buena parte del excedente que generaban. Con ligeras variantes, este patrón de explotación fue sobre el cual se basó la expansión del café a partir de la década de 1830, la cual le abrió la puerta al capitalismo agrario.

Con el auge que experimentó la producción campesina en el Valle Central, a partir de 1750, ocurrió también un profundo cambio cultural. Étnicamente, se consolidó el predominio de los mestizos, que representaban más del 60 por ciento de la población total. En taban más del 60 por ciento de la población total. En contraste, españoles, indígenas y negros eran grupos minoritarios. Tal desequilibrio era agudizado por la desigual distribución geográfica de la población, en el sentido de que proporciones importantes de las poblaciones de origen indígena o africano se concentraban fuera del Valle Central, ya fuese en lo que hoy es la provincia de Guanacaste, en el Caribe o en las actuales áreas fronterizas con Panamá y Nicaragua.

En virtud de lo anterior, el Valle Central, epicentro de la producción campesina, era un área étnicamente más homogénea que la provincia de Costa Rica en su conjunto, y tal fenómeno facilitó el desarrollo de una cultura compartida entre los distintos grupos sociales. Decir compartida no significa, obviamente, que fuera equitativamente compartida; tampoco supone, por supuesto, que lo compartido borrara aquello que los separaba y los diferenciaba. Esta cultura compartida se manifestó, claramente, en la extensión del matrimonio y en el descenso de la ilegitimidad, un fenómeno asociado con el papel estratégico que las nupcias jugaban en ese mundo campesino del Valle Central para garantizar la transmisión de los derechos, especialmente de los derechos sobre la tierra.

También era visible esta cultura compartida en las actitudes ante la muerte y en el culto a los santos. Al igual que los ricos comerciantes, campesinos medios o prósperos solían testar y se valían del testamento para negociar su ingreso a la gloria celestial, para lo cual indicaban el hábito con que deseaban ser amortajados y el número de misas que debían ser celebradas para la salvación de su alma. En cuanto a los santos, en las casas de los comerciantes, se les podía encontrar materializados en estatuillas de oro y plata o en cuadros cuyos marcos incluían dichos metales, a veces adornados con piedras preciosas. En cambio, en el hogar de los campesinos pobres, los santos se refugiaban en modestas estampas de papel. Más allá de la diferencia, sin embargo, lo importante es que los santos venerados por unos y otros eran los mismos.

Las fiestas sagradas o profanas eran también acontecimientos compartidos por los distintos grupos, ya se trataba del ascenso de un nuevo rey, de una festividad religiosa o de las actividades celebradas en relación con la Cofradía de los Angeles, en las cuales la religiosidad católica se combinaba con otras prácticas un poco más mundanas. En efecto, según la denuncia que formulara el sacerdote Ramón de Azofeifa en 1782, en la casa de dicha congregación:

"...demás de estos públicos y notorios escándalos se siguen otros que se practican en el peso de la noche durante los Bayles; porque como la casa es tan grande, y tiene distintos aposentos, el Demonio proporciona en ellos adulterios, los estupros a que no tienen facilidad en sus reducidas casas, las Mujeres casadas por temor de sus maridos, y las jóvenes doncellas por el de sus madres. Aún pasa a más la astucia del Diabolo porque con motivo de ofrecer a Nuestra Señora novenarios en que la velan todo el día así los vecinos de esta ciudad, como los Forasteros de todos los Valles hacen de la dicha casa Mesón Común, en ella comen y duermen, haciendo llegado á tanto exceso que se ha puesto ya con la capa de devoción se consigne dentro de este lugar sagrado el galanteo, y el torpe apetito de la luxuria mezclándolo entre salves, y oraciones que resan cada día. Este escándalo que se no ha oído en ningún Santuario del Mundo es el que me tiene enfermo, me abruma la

conciencia sin poder remediarlo; por que los mismos jueces que debían impartirme el auxilio para su remedio son los que autorizan las funciones, concurren a los combates y asisten a Bayles"⁴.

La identidad cultural compartida por los distintos grupos sociales que participaban en las escandalosas fiestas de la Cofradía de los Angeles, y la cercanía cultural que parece haber existido entre ellos, a pesar de sus diferencias, se vislumbran de nuevo en un valioso testimonio que el viajero alemán Wilhem Marr dejó acerca de las peleas de gallos en el San José de la década de 1850. De acuerdo con Marr,

"el local [de la gallera] estaba atestado de individuos de todas las clases sociales. Allí se encontraba un señor de pequeña estatura y cara llena y astuta, vestido de frac negro y pantalones amarillos de casimir. Era el jefe del Estado don Juan Rafael Mora... El resto de la concurrencia formaba la sociedad más mezclada de 'Dones' y descalzos, reinando la más completa igualdad. El presidente no tiene el menor escrúpulo en apostar sus pesos contra los del último 'peón'⁵.

Sin duda, la sociedad y la cultura que se conformaron en el Valle Central durante el siglo XVIII se convirtieron en la base de la experiencia nacional costarricense durante el siglo XIX, y aquí radica una de las especificidades de Costa Rica. Si bien en otras partes de América Latina hubo áreas dominadas por la producción campesina y con una estructura agraria similar a la del Valle Central, no fueron el fundamento de experiencias nacionales. Ahora bien, en el caso de la Costa Rica de la primera mitad del siglo XIX, nacional debe ser entendido en términos de la configuración inicial de una economía que empezó a girar en torno al cultivo y la exportación del café, y de un Estado que comenzó a afianzar su dominio sobre un territorio, al tiempo que contribuía a redefinir las relaciones sociales y realizaba los primeros intentos por transformar las culturas de los sectores populares.

La invención de una cultura y de una identidad costarricenses fueron dos procesos que debieron esperar hasta los últimos lustros del siglo XIX. En las décadas de 1880 y 1890, un círculo de políticos e intelectuales liberales realizó una primera definición de lo que era esa cultura e identidad y se afanó por difundirlo en el conjunto de la población mediante la prensa, la escuela, las fiestas cívicas y otros medios por el estilo. Este proceso, que convirtió a los campesinos, artesanos y trabajadores en costarricenses fue una respuesta a la creciente diferenciación cultural entre aquellos que ocupaban la cima de las jerarquías sociales, políticas e intelectuales, cada vez más secularizados y europeizados, y el grueso de la población, que seguía fiel a identidades culturales de base local y religiosa heredadas de la colonia. En este sentido, podría decirse que la identidad y la cultura costarricenses, lejos de ser la culminación de las identidades y formas culturales de origen colonial, fueron, ante todo, construidas a partir de la destrucción o reconfiguración de esas formas e identidades coloniales.

NOTAS

1 "Las contribuciones amerindias y europeas a la cultura y nacionalidad costarricense durante los períodos prehispánicos y colonial".

2 Moya Gutiérrez, Arnaldo, *Comerciantes y damas principales de Cartago. Vida cotidiana (1750-1820)* (Cartago, Editorial Cultural Cartagüense, 1998). Velásquez, Carmela, "Las actitudes ante la muerte en el Cartago del siglo XVII" (Tesis de Maestría en Historia, Universidad de Costa Rica, 1996).

3 Gudmundson, Lowell, "Aspectos socioeconómicos del delito en Costa Rica: 1725-1850". *Revista de Historia*. Heredia, Nº 5 (julio-diciembre, 1977), pp. 101-148. Madrigal, Eduardo, "Ladrones y abigeos en la Costa Rica Colonial: 1770-1821" (Tesis de Licenciatura en Historia, Universidad de Costa Rica, 1995). Cáceres, Rina, *Negros, mulatos, esclavos y libres en la Costa Rica del siglo XVII* (México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 2000). Alvarado, Franklin, "Misiones y doctrinas franciscanas: reconstrucción del primer proceso colectivo de transmisión del cristianismo hacia la sociedad indígena de Costa Rica" (Tesis de Licenciatura en Historia, Universidad de Costa Rica, 1997). Alvarado, Deida, "La mujer ante el Juzgado Eclesiástico en Cartago 1720-1800" (Tesis de Maestría en Historia, Universidad de Costa Rica, 1995). Rodríguez Sáenz, Eugenia, *Hijas, novias y esposas. Familia, matrimonio y violencia doméstica en el Valle Central de Costa Rica (1750-1850)* (Heredia, Plumboc Mesoamerican Studies and Editorial Universidad Nacional, 2000). Quirós, Claudia, "Las cofradías indígenas en Nicoya". *Revista de Historia*. San José, Nº 36 (julio-diciembre de 1997), pp. 37-77. Malavassi, Paulina, "Entre la marginalidad social y los orígenes de la salud pública: leproso, curanderos y facultativos en el Valle Central de Costa Rica, 1784-1845" (Tesis de Maestría en Historia, Universidad de Costa Rica, 1998). Guevara, Eva et al., "Vida cotidiana en la colonia (1680-1821)" (Seminarario de Graduación, Universidad de Costa Rica, 1994).

4 León, Edwin, *Fiestas escandalosas en la Cofradía de los Angeles* (s. l., s. e. s. l.), pp. 13-14. Se conserva la ortografía del original.

5 Ferrández Guardia, Ricardo, ed., *Costa Rica en el siglo XIX. Antología de viajeros*, 4ª edición (San José, EDUCA, 1982), pp. 187-188. El paréntesis es mío.



* Conferencia dictada en el Colegio de Costa Rica el 4 de marzo del 2003 como parte del décimo aniversario de la fundación de la Asociación de Genealogía e Historia de Costa Rica.

** Catedrático de la Escuela de Historia e investigador del Centro de Investigación en Identidad y Cultura Latinoamericanas (CICLA), Universidad de Costa Rica.